

BEATRIZ  
RODRÍGUEZ DELGADO

LA VIDA REAL DE  
ESPERANZA  
SILVA



  
CASA DE CARTÓN



**LA VIDA REAL DE  
ESPERANZA SILVA**



Beatriz Rodríguez Delgado

**LA VIDA REAL DE  
ESPERANZA SILVA**



CASA DE CARTÓN

- © Beatriz Rodríguez Delgado, 2013  
© Editorial Casa de Cartón S. L., 2013  
© Imagen de cubierta: María Alcantarilla, 2013  
© Diseño de cubierta y de interiores: Servicios editoriales Eclipsa, 2013

Editorial Casa de Cartón  
[editorial@casadcarton.es](mailto:editorial@casadcarton.es)  
[www.casadcarton.es](http://www.casadcarton.es)

Todos los derechos reservados

Primera edición: noviembre, 2013

ISBN: 978-84-941345-2-4

Depósito Legal: M-29486-2013

Printed in Spain  
Imprenta Print House

Para Aurora y Antonio,  
dos personas muy reales.





—Vamos a ver, Miles, tú no crees en Dios, ¿verdad? Ni tampoco en la ciencia, ni tampoco en la política... ¿Hay algo en lo que tú creas? —Solo en dos cosas: en el sexo y en la muerte, dos cosas que he experimentado en vida y se me antojaron muy reales.

WOODY ALLEN, *El dormilón*

La irrealidad es el estado más hermoso de la realidad, si tienes coraje para soportarlo, para aceptar la irrealidad como realidad, casi nadie hace eso. Irreal es tu vida, el ascensor de tu casa es irreal; el cuerpo de tu amante es irreal; las horas son irreales; los muelles de tu cama son irreales; lo que se ve desde la ventana de tu habitación es irreal. Intenta cogerlo todo. Tu amante te dirá «me haces daño, suéltame ahora mismo»; el ascensor se romperá, te dejará entre el segundo y el tercer piso si intentas cogerlo; las horas son mudas; los muelles de tu cama son una inercia vacía. Y la ventana, dejemos la ventana en paz.

MANUEL VILAS



**UNO**



# 1

**Sebastián Silva**  
*(Carboncillo)*

Ha salido de la ducha secándose el pelo con una pequeña toalla que ahora está empapada. Se sienta en la cama, frente a la puerta del armario que tiene un espejo, y observa su nariz. Ayer, desde luego, no estaban, pero hoy tiene unas diminutas pecas que la cubren. Se acerca un poco más frunciendo el ceño, extrañada. Las cuenta, son al menos quince.

Sebastián Silva habla por teléfono con uno de sus supuestos jefes. Trabaja con al menos cinco personas que creen que son sus jefes. Y, en el fondo, sabe que no puede culparles, ya que siempre que le ordenan hacer cualquier cosa, él se siente incapaz de negarse. Es pelirrojo y tiene unas gruesas gafas de pasta marrón demasiado grandes para todo el mundo menos para su enorme nariz. Cuando cuelga mira el reloj para comprobar que es la hora del desayuno. Entonces, abre con disimulo el cajón derecho de su mesa y saca los sellos que le trajo su hermano de Córcega, acerca la lámpara y se prepara para deleitarse con su última adquisición. Es en ese instante cuando Marta, la que le dijeron que era su secretaria pero a la que nunca consigue localizar, entra sin llamar con un montón de facturas que sobresalen de una carpeta. Sebastián da un respingo y se levanta para ponerse firme delante de su silla, como cuando entraba el director de su colegio. En ese rápido ascenso, se golpea la cabeza con la lámpara. El cuerpo de Marta se mueve de izquierda a derecha como un péndulo, mira a su alrededor y toda lo oficina sigue el compás de ese péndulo. Siente que algo muy pesado retumba en la moqueta. Es su cuerpo.

—Pues me ha dicho tu abuela que a una de sus hermanas también le salían pecas cuando se quedaba embarazada.

La suegra de Sebastián mueve la cucharilla de su té con sorprendente entusiasmo. Es una mujer algo fría, cosa que Sebastián siempre ha agradecido pues se siente incómodo con personas excesivamente cariñosas. Su mujer tiene un resplandor casi mágico en las mejillas y él lleva unas semanas con ganas de abrazarla constantemente, algo que, por su carácter comedido, no hace.

Un día, mientras ella pica unas verduras, en un alarde de espontaneidad, sí que se acerca por detrás colocándole suavemente las manos en los hombros y depositando un tímido beso en su nuca, que, debido a la falta de costumbre, eriza la piel de su mujer. Esta se vuelve cariñosa para buscar los labios de su marido, pero él huele la comida y siente cómo una gran náusea le recorre desde la nariz al estómago, impidiendo el romántico encuentro. Desde que se marcó en la oficina se siente algo desubicado y no ha terminado de recuperar el equilibrio, por lo que se pasa las horas en el baño vomitando, y todo lo que come le sabe a pescado podrido.

Esa mañana no ha podido acompañarla al ginecólogo porque él tenía cita con su médico de cabecera, el cual, después de examinarle concienzudamente le ha mandado un análisis de sangre y, por si acaso, le ha dado cita con el otorrinolaringólogo, el gastroenterólogo y el oncólogo.

Después de unas semanas debe volver al trabajo, pues resulta que no tiene ninguna infección de oído, ni ningún virus en el estómago, ni alergia, ni células malignas reproduciéndose en cualquier órgano de su cuerpo, pero al contrario que su mujer, él no siente alivio, porque estos diagnósticos positivos aumentan su reciente estado hipocondríaco. Todos los días teme levantarse de la cama, el simple olor a café en la cocina le produce un asco incomprensible. Hasta que un día ve a un compañero de la oficina comer una magdalena de chocolate y el estómago da un rugido de hambre de tres meses. Los mareos cesan y la vida sigue, más o menos tranquila.

Las tímidas pecas de hace tres meses se reproducen inexplicablemente por su cara, y esta mañana descubre, de nuevo frente al espejo, que están empezando a salirle en los hombros y el escote. Mientras se observa desconcertada ve el reflejo de Sebastián vistiéndose detrás de ella. Está haciendo un gran esfuerzo para poder cerrar el botón del pantalón y, cuando por fin lo consigue, da un suspiro y la mira con resignación.

Toma ciruelas por la noche y una gran taza de café por las mañanas. Le han dicho que el tabaco también ayuda a soltar el vientre, así que después del desayuno se encierra en el baño y fuma en la ventana con verdadera repugnancia. Cuando termina se sienta con el periódico en el retrete y se pasa media hora sufriendo, sin resultados. Ya van casi diez días y está pensando seriamente en la opción del enema. Con la cara pálida y los hombros cargados por la preocupación y los nervios, Sebastián Silva entra una mañana más en su oficina y todos lo miran con una mezcla de lástima y aburrimiento. En los últimos días sus compañeros evitan tropezarse con él, pues no solo informa de su último problema a cualquiera con el que se cruza, sino que pide consejos y relata sus intentos de evacuar, con la meticulosidad y pesadumbre de un fontanero frustrado.

Asoma la barriguita por debajo de la parte de arriba del pijama, pero lo que más le llama la atención son los pechos extraordinariamente grandes dentro de ese cuerpo tan delgado. Firmes y tersos le dan los buenos días a Sebastián, que contempla obnubilado la belleza de su mujer. Ella también observa extrañada el cuerpo de su marido que en los últimos días parece haber adquirido músculos que ella desconocía por completo. Como es sábado salen a dar un paseo, y a la luz del día se percata de que el cabello rojo se le ha oscurecido hasta parecer moreno, y aunque no han estado en la playa, ni han salido mucho últimamente, tiene un bonito bronceado que también parece prestado. Esa mañana, sin embargo, camina pletórico bajo el sol, tiene un delicioso brillo en la sonrisa y al menos tres mujeres con las que se han cruzado le han mirado con disimulado deseo.

Sebastián se dirige hacia la cola del supermercado y de nuevo le viene el calambre en uno de los gemelos. Esta vez el dolor es tan grande que las rodillas se quiebran y mientras cae no ve más apoyo que el carrito de la compra de una anciana miope. El carrito se mueve desafortunadamente en dirección a una gran pirámide de latas de tomate natural triturado que se esparcen por el suelo, propiciando la mirada de paciencia reprobatoria de las cajeras.

La tarde anterior le ocurrió cuando entraba en el despacho del jefe. Sentados en la mesa de caoba unos clientes de la empresa le miraron con desconcierto cuando nada más abrir la puerta se desplomó en el suelo entre grandes alaridos.

Hoy duerme en el sofá porque las últimas noches no han pegado ojo ni él ni su mujer que, desesperada por las patadas a media noche de su marido y los insufribles gritos, le ha invitado amablemente a mudarse al salón para que al menos uno de los dos pueda dormir cuatro horas seguidas.

Sebastián le ha regalado una crema de almendras para que su piel no se agriete demasiado. Antes de irse a dormir la expande por su barriga y sus piernas mientras repara en cómo algunas de sus relucientes y extrañas pecas se pasean ahora alrededor de las rodillas. Es entonces cuando se pregunta qué hará Sebastián tanto tiempo en el baño, si simplemente había entrado para lavarse los dientes. Al abrir la puerta lo encuentra derrotado en el suelo, agarrándose con fuerza a la taza del váter mientras gime un llanto entrecortado. Cuando levanta la cabeza, se ve la sangre que sale sin piedad de sus encías. Ella se acerca y le seca las lágrimas, se sienta junto a él con dificultad, abriendo las piernas y depositando la cabeza ardiente de su marido sobre el pecho. Mientras le abraza, las gotas de sangre caen sobre sus pecosas rodillas.

Las piernas abiertas, el caminar de pato, los tobillos hinchados, la mano en los riñones. Sebastián Silva baja la cuesta de su casa con una bolsa de plástico en la muñeca derecha. Lleva puesta una gran camisa naranja, talla XXL, y unos pantalones de algodón blanco, atados con un cordón a la cintura. Su



médico de familia no tuvo más remedio que enviarlo al psicólogo y, mientras deciden qué enfermedad mental atribuir al paciente, le han dado una baja permanente, por una simple pero efectiva ansiedad.

El quince de junio, mientras intenta dormir la siesta en el sofá del salón, se despierta con un extraño pinchazo en el vientre, como si fuera un globo repleto de agua al que vacían con una aguja. El pinchazo se introduce en su cuerpo como una daga, revolviéndole las entrañas. La daga deja de ser punzante y ahora parece una mano que contrae y suelta sus órganos, primero cada dos horas, después cada hora y media, después cada hora, apretando cada vez más fuerte. La mujer de Sebastián Silva decide llevar a su marido al hospital, y en Urgencias tienen que dejarlo en una habitación aparte porque los gritos asustan a los enfermos de todo el centro. Son atendidos por un médico en prácticas de unos veintiséis años que lo mira con cara de desconcierto y una enfermera de cincuenta que no hace más que repetir que aquello es una gastroenteritis, mientras le toma la tensión.

Después de tres horas Sebastián siente que va a desaparecer, su cuerpo ya no existe, no es capaz de pensar, ni de comunicarse, ni de mandar sobre él de ninguna manera. Los riñones se retuercen, los huesos de sus caderas parece que se quiebran y algo se descuelga de sus entrañas con el impulso de un géiser traído desde el infierno. Un instante antes de perder la conciencia el dolor cesa y Sebastián se queda dormido sin poder observar la cara del médico y la enfermera que han olvidado por completo al paciente y miran absortos al suelo, entre las piernas de la mujer de Sebastián Silva, donde una niña preciosa llora y tiritita de frío.



## 2

### **Electricwoman** *(Cera)*

Derrotada Electricwoman, subes una mañana más las escaleras del metro. Cierras los ojos y te aferras con fuerza al pasamano. El traqueteo bajo tus pies empieza a hacer efecto, giras la cabeza hacia arriba y recibes una descarga matutina, poca cosa, tan solo unos 110 vatios para continuar la ronda por la ciudad.

La ciudad de los niñosestatua acoge a los transeúntes cuando la niebla no ha subido todavía de sus tobillos, sin embargo, todos ellos mueven los pies con agilidad. Suben escaleras, bajan aceras, sortean huecos de obra y charcos olvidados en las calles por la tormenta pasada. Pobre Electricwoman, la niebla en tus tobillos, grilletes en tus pies, atolondrada pisas un charco y todo tu cuerpo repiquetea al compás de las luciérnagas que despiertan en tu cabeza. A tu alrededor nadie repara en tu piel, la electricidad la está volviendo papel transparente que nadie quiere, y tus ojos son más grandes y redondos que nunca, aunque no miran nada.

Después de una noche entera recomponiendo tu cuerpo cansado, tienes las extremidades heladas y sueñas con enchufarlas un poco al secador de manos de la estación de Cercanías, antes de continuar vagando por la ciudad, mientras la niebla sube hacia las azoteas y los grilletes se despedazan bajo tus piernas.

Estás mayor, Electricwoman, no tanto como aparentas, pero es que te han dejado sola. Y la soledad llama a la tristeza y la tristeza al caminar cansado y el caminar cansado va creando una pequeña joroba. Tus manos, largas y hacendosas, se repliegan y forman arrugas. La televisión te observa en tu

incómodo sofá. Solo te carga, no te acompaña. Los recuerdos te proporcionan un sexo melancólico y mecánico, con esa necesidad impulsiva de niña de colegio de monjas que se siente culpable por todo.

Los niños estatua llevan hoy gabardinas de intocables, sombrías bufandas que cubren los rostros, paraguas que establecen una dolorosa distancia entre todos. Empieza a llover cuando sales recargada de la estación y piensas de nuevo en volver al sótano en el que habitas y pudrirte dentro con todos tus cables enmarañados en el estómago, cansado de no hacer nada.

Te resguardas en una parada de autobús cuando la lluvia se hace más intensa porque las luciérnagas se están volviendo locas en tu cabeza. Entonces, ves una luz que corre calle abajo, con el cabello empapado pegado a la cara, pecosa y redonda. Es Esperanza Silva, aunque tú no lo sabes. Es pequeña, tiene la cara mojada por la lluvia y las mejillas muy rojas porque viene corriendo, mientras mira una y otra vez hacia atrás, corre y mira, corre y mira, corre, y trass, tropieza, derrapa, llora a tus pies. Rodillas con sangre, coletas deshechas, la falda blanca con cerezas pintadas manchada de barro. Te mira con ojos apagados, mira a la calle por donde bajaba. Nadie en el horizonte. Los niños estatua cruzan el semáforo cuando se pone verde, la esquivan con cuidado, como si fuera parte del charco, y siguen su camino. Ella te observa en silencio, desacelera la respiración con la tranquilidad de quien acaba de esquivar a un perseguidor. Acepta tu mano, confiada. Le das un calambre con el que respinga su cuerpo, pero en lugar de asustarse parece que le hace gracia.

Camináis durante horas por las calles de la ciudad. De vez en cuando tienes que entrar en un bar y acercarte a los enchufes de las máquinas tragaperras, mientras en los ojos de la niña se reflejan las peras y las manzanas luminosas. No habla y en el fondo se lo agradeces. Los niños estatua parlotean en un idioma que dejaste de entender hace años.

Está atardeciendo y entráis en una gran avenida de color naranja, el viento sopla y parece que es agradable, porque la niña cierra los ojos y sonríe cuando la brisa se posa en su cara. Tú no lo puedes sentir. Ya solo percibes el rumor de la electricidad en tu sangre, a veces como un cosquilleo, a veces como latigazos que chirrían hasta en tus cabellos. Entonces la niña

saca de uno de los bolsillos de su falda una tiza de color malva, se inclina sobre la acera y comienza a dibujar un bonito campo de girasoles: girasoles malva, camino malva, tractor malva, espantapájaros malva. Se levanta y te tira del vestido para que mires su dibujo sobre el que no has mostrado ningún interés porque los sudores fríos de nuevo empiezan a empapar tu espalda. Miras al frente y ves a una mujer con coleta y cejas como alas de paloma que se dirige hacia vosotras con caminar seguro. La niña se esconde detrás de tus piernas y hace pucheros. Cuando la mujer está delante de ti comienza a hacer aspavientos y a gesticular mucho, casi todo el tiempo tiene el ceño fruncido. Tú no entiendes nada, de hecho, ni siquiera puedes escuchar lo que dice, pero el ceño fruncido empieza a arquearse y el gesto duro se vuelve lastimero; con lágrimas en los ojos se pone en cuclillas y extiende los brazos hacia la niña que se acerca indecisa y se deja caer en los brazos de la llorona. En ese momento temes que algún día ella también se convierta en un niñoestatua, pero tienes demasiado mono como para entristecerte por ello.

La niña se marcha fundida con la luz naranja.



### 3

#### Una piscina para nosotras (Acuarela)

Isabel March entra en la fiesta sin ninguna intención de divertirse. Esperanza Silva, Olivia y la anfitriona, Guiomar, la miran con grandes sonrisas y levantan sus vasos con un gesto de afecto que ella interpreta como la necesidad de sus amigas de seguir siendo cariñosas con ella, sin dejar de participar en todo lo demás. Isabel odia tener que relacionarse con sus compañeros, pero es aún peor tener que hacerlo fuera de clase. Más allá de las paredes del colegio y de la presencia constante de los profesores, caminando entre iguales, siendo plenamente responsable de sus acciones y diana fácil de las acciones de los demás, se siente desprotegida, y una leve ansiedad le recorre el estómago. No entiende muy bien por qué acaba asistiendo a todas las fiestas y cumpleaños, si es incapaz de relacionarse con nadie de una manera normal.

Pasados unos minutos y después de comprobar que Isabel permanece en la entrada del jardín, Olivia se separa del grupo que está situado junto a la barbacoa y le hace una señal con la mano indicándole que la espere en el porche, donde están esas sillas de plástico que odian porque en verano la piel se les queda pegada o el sudor se acumula en la ropa de una manera asquerosa. Olivia baja las escalinatas que comunican la piscina con la casa, recogiendo su larga melena color castaño con una sensación de alivio en la nuca que le hace pensar una vez más en cortarse el pelo como un niño. Una decisión que siempre posterga pues sabe que su pelo es un protector que en situaciones de exposición ante los demás tiene la facultad de hacerla más bella y estilizada. Sentadas las dos frente a la piscina se ríen recordando otros veranos,

cuando en ese mismo lugar organizaban concursos de pan Bimbo con nocilla, masticando la comida y enseñándosela unas a otras. Isabel recuerda una vez en la que a Guiomar le dio un ataque de risa tan grande que le salió el zumo de naranja por la nariz y las cuatro estuvieron diez minutos sin poder parar de reír. Isabel desea en silencio que Guiomar y Esperanza se unan a ellas. Olivia desea en silencio tener el pelo aún más largo. Guiomar las ve riendo y quiere acercarse, pero está ocupada distribuyendo platos de plástico y vasos de papel a todo el mundo y pensando al mismo tiempo en todos los juegos que pueden organizar después de comer. Además, le ha pedido a Esperanza Silva que la ayude y no le parece bien separarse de ella, aunque intuye que a Esperanza, no con demasiado convencimiento pero sí con secreto deseo, le apetece más que a ella estar tranquila con sus tres amigas. Son cosas que Guiomar sabe con tan solo mirar a Esperanza. Ambas conocen los secretos y pensamientos más extraños y originales de la otra y en ese último año la complicidad que se ha creado entre ellas es tan fuerte que cuando hay otras personas delante no les apetece estar juntas, en parte, porque saben que esa Esperanza y esa Guiomar no pueden tener ni la mitad de intimidad que la Esperanza y la Guiomar que pasan el rato a solas, y en parte porque, así como en privado son inseparables, en público no pueden evitar ser competidoras.

Esperanza Silva lleva todo el curso con una mirada distinta. Cuando llegaron en septiembre se sentó enseguida junto a Guiomar y ambas empezaron a hablar de cosas que nunca antes les habían interesado, y que por supuesto a Isabel y a Olivia siguen sin interesarles. Lejos de lo que se pueda pensar, a las chicas tímidas como Isabel March les gusta rodearse de esas otras chicas no tan tímidas que siempre tienen algo divertido que contar, alguna ropa nueva que enseñar o unos relucientes deberes con letra perfecta que prestar. Pero el encanto de Esperanza reside en algo más extraño que la chica tímida no ha logrado captar en los últimos meses. No es la novedad de sus historias con las que parece cautivar la atención de sus compañeras, hablando siempre de chicos y encerrándose a fumar en el cuarto de baño mientras mira a las que no lo hacen por encima del hombro. Esperanza Silva tiene una mirada de falsa alegría, de falsa espontaneidad, de falso conocimiento acerca



de las cosas de las que habla, e Isabel March, siempre en silencio, la escucha con infinito aburrimiento y observa con preocupación la metamorfosis que sus tres amigas están sufriendo. Pues si el cambio de Guiomar y Esperanza es molesto, nada comparable con el cambio de Olivia, que ha teñido toda su ropa de color negro y que anda siempre leyendo libros cuyos protagonistas son vampiros o cantantes de *rock* drogadictos, y hablando del sentido de la vida o de la influencia del Cosmos en nuestro comportamiento.

Con un poco de nostalgia y algo de esperanza por recuperar cierta magia del pasado, Isabel March le pide a Guiomar que haga una merienda en su casa y que luego se queden todas a dormir. Guiomar acepta encantada y al comentarlo con las otras deciden que es más divertido invitar a toda la clase y en lugar de una merienda hacer una fiesta, y en lugar de gastarse bromas entre ellas, reírles las bromas a otras personas, y en lugar de juegos de mesa, miradas tontas a otros chicos, y en lugar de diversión, la búsqueda inconsciente de ser deseadas por motivos que, por mucho que quieran, nunca controlarán.

Conversaciones interminables y escandalosas carcajadas ante los bufones de la clase le dan un molesto sonido de ambiente al atardecer sobre el agua de la piscina que Olivia acaricia sentada en uno de los bordillos. Ha deseado darse un baño durante toda la tarde, pero le resulta muy incómodo quedarse en bañador delante de todos.

Desde allí tiene una interesante perspectiva de la casa, ya que puede ver la parte trasera, donde hay un pequeño huerto y algunos árboles frutales. De detrás del limonero Olivia ve salir a Guiomar con uno de los chicos de la clase, lleva unos pantalones blancos muy cortos, además de un pequeño bikini amarillo que tapa con timidez una reciente talla noventa a la que no termina de acostumbrarse. Se aleja del chico con indiferencia y cierto meneo de caderas y se dirige hacia Olivia con una expresión de divertida picardía en la mirada. Olivia siente una extraña excitación que achaca al hecho de haber sido descubierta cotilleando, y que no puede disimular más que con su habitual cara de distraída, algo que a menudo la libera de saludar a gente que no le gusta. Sin embargo, Guiomar, que conoce de sobra esa cara, se acerca a ella directamente y la obliga a darse un baño en la piscina. Esperanza Silva e Isabel March las ven

desde lejos y deciden unirse al baño. Hacen varias carreras en las que todas, a excepción de Guiomar, se muestran bastante patosas. Esperanza Silva nunca ha sido muy atlética, algo que a Olivia y a Isabel les produce una satisfacción más cercana a la empatía que a la mezquindad y, en el tercer largo, tragando agua y entre risas y chapoteos, deciden pasar de la natación de fondo a la sincronizada, haciendo piruetas que imitan a las bailarinas, dando vueltas de campana y haciendo el pino. La escasez de gravedad les pone las cosas más fáciles que en clase de gimnasia.

Los juegos dejan de ser divertidos cuando algunos curiosos empiezan a merodear por los alrededores de la piscina quebrando la complicidad entre las cuatro. Desde ese momento la mayoría de los movimientos están dedicados a unos *vo-yeurs* con pelusa en el bigote que no dejan de decir tonterías.

Afortunadamente, el anochecer trae los coches de adultos contrariados que vienen a llevarse a sus hijos, la noche cerrada abre la puerta a la tranquilidad. Los padres de Guiomar no volverán hasta la mañana siguiente y su hermano mayor ha salido esa noche, así que las cuatro se quedan solas cenando las sobras del almuerzo y hablando de todas las cosas dignas o no de mención que han ocurrido a lo largo de la tarde. En aquella conversación, Guiomar se percata de que la característica principal de Esperanza Silva, cuando no están a solas, es la dispersión, ya que salta de un tema a otro sin ningún tipo de transición, proponiendo juegos disparatados cada dos minutos y buscando la risa fácil de las otras contertulias. Tal vez por eso una botella de vodka acaba encima de la mesa, y alguien pone música. Esperanza se hace la dura fingiendo que le gusta aquel líquido transparente, Isabel lo deja en la primera arcada y Guiomar se levanta nada más olerlo y va a la nevera a por una fanta de naranja que vacía hasta la mitad y rellena con el resto de la botella de alcohol. La única que realmente disfruta del vodka es Olivia, pero, por no desentonar demasiado, decide imitar a Guiomar.

Pasadas unas horas comienzan a llamar por teléfono a algunos compañeros. Isabel mira a sus amigas de la infancia mientras estas les dicen cochinas a los despistados interlocutores, que no saben qué contestar, y sin darse cuenta se descubre proponiendo bromas y haciendo chistes verdes que

todas las demás aplauden. Olivia pone en el tocadiscos algunos vinilos del padre de Guiomar: Leonard Cohen, Chavela Vargas, Barry White, y comienzan a bailar en torno a la mesa donde está la botella de vodka, muy lentamente, como si estuvieran dormidas. Más tarde ven una película de Woody Allen, que casi no entienden, y una porno que entienden demasiado, ambas sugeridas también por Olivia que con el vodka ha adquirido, además de misterio, cierto aire trasgresor que fascina a sus amigas. En algún momento Guiomar comienza a tocar la guitarra y acaban cantando canciones metidas en la bañera mientras Isabel March vomita en el váter.

Recuperadas del primer impacto del alcohol, comen algo y siguen haciendo bromas, mientras las invade una reconfortante euforia, mezcla de embriaguez y felicidad, de extraña libertad acompañada de un sentimiento que con los años interpretarán como consciencia, e incluso lucidez; salen al jardín para celebrar el hecho de que son las cinco de la mañana y están despiertas y solas.

Isabel March sonrío mientras se pregunta si además de caer presa de la dispersión, de la novedad o de la alegría de sus amigas, estará aportando algo interesante a aquella noche. Se acerca al bordillo de la piscina y comienza a bailar a su alrededor imitando a la cingara de una película antigua que le fascinó. Las otras chicas la siguen mientras la música secreta de cada una retumba en sus cabezas. Esperanza Silva y Guiomar se desnudan y se lanzan a la piscina. Olivia las mira intentando ocultar la gran timidez que comparte con Isabel. Las dos atrevidas nadan en direcciones opuestas y cuando se cansan permanecen un rato observando las estrellas mientras sus cuerpos flotan boca arriba. Isabel baja por las escaleras con cuidado, por miedo a que, si se tira directamente, las otras descubran que ella también está desnuda, y en cada escalón tiene que detenerse porque el frío y la vergüenza le producen una risa nerviosa que va contagiando a las demás. Las risas animan a Olivia y pronto están las cuatro tiritando bajo el agua, los escalofríos hacen que sus cuerpos se muevan rápidamente y que los sentidos se centren en la piel y las entrañas. Un extraño juego de silencio y disimulo se instaura en la madrugada y el corazón de la piscina es testigo de un sinnfín de comprobaciones acerca de pieles erizadas y su efecto sobre los pezones, de muslos enlazados a otros muslos, de besos

también mojados. Lentamente cada una busca un lugar en el que refugiarse, y es entonces cuando el calor se reparte en cada una de las esquinas del rectángulo.

*Emmanuelle*, Jim Morrison, una película de Elvis Presley que vi cuando tenía ocho años, mis tetas desnudas pero mucho más grandes, por qué tan grandes, porque sí, el rubio de la casa de enfrente de mi tía, el olor del hermano de Guiomar, las matemáticas cuando las entiendes, qué rara eres, hija, ir en maillot a clase de gimnasia, James Dean, pero si era maricón, ¿y qué más da?, cuando me miran el culo y piensan que no me doy cuenta, cuando me tocan el culo y piensan que no quiero, Dios mío, cómo me gusta esto, ¿es en círculo?, sí, es en círculo, ¿no os hacéis daño? Sube un poco más el dedo, yo lo prefiero dentro, pues yo las dos cosas, un poco más arriba. Así. Así. Así. Así.

El ruido del agua, serena y plateada sobre las pieles casi heladas. Un balanceo suave que las mece como a niñas. El silencio, la paz, el secreto, lo prohibido. Toallas en el césped, el pelo enredado, las estrellas os miran y seguís sonriendo. Olivia y Esperanza van de nuevo a por el vodka. Isabel prefiere resguardarse en la oscuridad escuchando la respiración de Guiomar, que se ha quedado dormida. Está de espaldas a todas, con esa despreocupada actitud ante la vida que a veces adopta, como si no fuera consciente de la tranquilidad que irradia su presencia cuando no se esfuerza por complacer a nadie.

Con el pelo todavía mojado las cuatro chicas desayunan en el porche rebanadas de pan Bimbo con nocilla. Guiomar saca unas camisas de franela de su hermano y todas se las ponen oliéndolas con disimulo y percatándose, por primera vez en sus vidas, de lo hermoso que es el amanecer en verano.

## 4

### **Don Diego** *(Dripping)*

Don Diego entró en el bar a las ocho y cuarenta y cinco. Probablemente hubiera quedado a las nueve, pero le gustaba llegar un poco antes a todas sus citas, en general porque amaba y necesitaba la puntualidad y el orden, y en particular porque así podía alardear de una cualidad que, según su punto de vista, hacía menos mediocre la existencia. Llevaba un traje gris con chaleco y una camisa rosa clara con los puños y el cuello blancos, acompañado de una corbata con nudo windsor, un punto más oscuro que la camisa. El maletín de cuero marrón, los zapatos caros y el paraguas largo y puntiagudo como su nariz. Conservaba todo su pelo en un blanco tan pulcro y claro como su presencia, ni un tono gris, ni un resto del pelo castaño que tanto había odiado de joven, por lo duro y encrespado de su naturaleza. Esperanza Silva lo miró con desprecio desde una de las esquinas de la cafetería mientras intentaba ocultar su rostro con un sombrero color mostaza. Bebió un trago grande de café y continuó escribiendo en su cuaderno. Pocos minutos después entró una señora de piel oscura, con unos saltones ojos marrones que rastrearón toda la cafetería. Por un momento Esperanza pensó que era la mujer que supuestamente estaba esperando don Diego, de hecho, casi lo deseó, pero la mujer pidió una taza de menta poleo y se sentó junto a la ventana sin que un ápice de interés se despertase en las miradas de los dos parroquianos. Mala suerte, pensó Esperanza.

Llevaba dos semanas persiguiendo a don Diego y todavía no había podido anotar nada interesante o inusual en su conducta. Todos los días salía de su casa a las siete y media, compraba el periódico y se dirigía hacia el banco. Era el primero en

llegar y el último en irse, y durante toda la mañana solamente salía una vez para comer: una ensalada de albahaca y tomate y un zumo de zanahoria que a veces cambiaba por agua mineral. Durante el almuerzo se sentaba acompañado del periódico, a excepción de los miércoles que lo hacía de su asesor financiero. No bebía, no fumaba, jugaba al pádel los martes y los jueves, compraba ropa cara pero sin ostentación, pagaba una casa en la playa y otra en la sierra para disfrute de su familia y para poder pasearse en su enorme coche azul metalizado, que a primera vista parecía ser el único punto débil del buen hombre. Ese, y la cita con Dios todos los domingos a las doce de la mañana, a la que asistía más que nada por darle gusto a su mujer, Amparo Silva. Pero aquella debilidad era muy diferente a la del BMW, ya que con el paso de los años convirtió en costumbre algo que él consideraba un puro trámite para evitar discusiones y, cuando tuvo que alterar su estricta agenda para llevar a cabo «su pequeño desliz», como lo llamaba la tía Amparo, eso fue de lo primero que prescindió, sin darse cuenta de que con ello estaba dando la sorda voz de alarma en la conciencia de su esposa.

Desde pequeña la tía Amparo había sido algo díscola respecto a las costumbres pseudoprogresistas del resto de la familia. Cuando era muy jovencita quiso hacerse monja, pero no por la dicha de la cercanía de Dios o por la paz de la vida recogida, sino porque era una forma muy eficaz de estar cerca del poder, en especial en los tiempos que corrían.

Así pasó su infancia y su adolescencia, cerca de las monjas y de las niñas de buena familia. No es que ella fuera de mala, pero sabía que no llegaba al estatus de Clotilde de la Cerda Saavedra o de María Teresa Cisneros. Por eso le encantaba jugar a las casitas. No se sabía cómo pero siempre se las ingeniaba para hacer de señora dejando a las demás en el papel de criadas.

Por supuesto se casó muy requetebién con un joven médico de familia medio noble con el que tuvo una niña, Amparito, a la que mandó a los mejores colegios. Su vida transcurría orgullosa y feliz dentro de la aristocracia más poderosa de aquella insignificante ciudad, pero su marido murió cuando acababa de estrenarse en la cuarentena y la tía Amparo cayó en una profunda depresión por verse tan joven y tan viuda.

Siendo consciente de lo importante que era tener un marido vivo que te protegiera y diera seguridad, se lanzó a la busca y captura de don Diego, uno de los solteros más prestigiosos del mundo de las finanzas, algo mayor que ella, pero con fama de sano, correcto e inmensamente rico.

Diez años de matrimonio en los que la única contrariedad fue el nacimiento de Carlitos, más que por el nacimiento (algo no solo necesario sino imprescindible en el mundo de por sí las moscas en el que vivía Amparo Silva, refiriéndose, Dios no lo quisiese entre buenos cristianos, al bochornoso divorcio) por el embarazo que padeció a sus cuarenta y cuatro años.

Mucho se alegraría del nacimiento de su único hijo varón aquel domingo de principios de primavera, cuando don Diego cometió el error de inventar una excusa para no ir a misa de doce con su esposa. Don Diego no se había excusado jamás por nada.

La pobre Amparo Silva lloraba delante de un petisú en una de las cafeterías más alejadas del centro de la ciudad cuando pasó por delante de la cristalera su sobrina Esperanza Silva, quien enseguida reparó en el rostro de su tía y en sus ojos enrojecidos. Al principio, esta se mostró algo distante, pero, como Esperanza vivía ajena a esa microsociedad tan importante, le contó todas sus preocupaciones acerca de la posible infidelidad de su marido, de lo imprescindible que era la discreción y de lo necesario que era obtener pruebas de ello.

A Esperanza Silva le gustó la idea de hacer de detective privado para su tía y enseguida se puso manos a la obra: el problema fue descubrir que su víctima era el personaje más aburrido que había conocido en su vida. Tan solo dos acontecimientos habían sido dignos de anotar en las dos semanas que llevaba siguiendo a don Diego.

El primero ocurrió a los pocos días del comienzo de su investigación, en uno de esos almuerzos bajos en calorías. El zumo de zanahoria se derramó sobre el periódico y en lugar de protestar, limpiarlo con una servilleta o tirarlo directamente, don Diego se quedó mirando un rato cómo el líquido iba filtrándose en el papel, coloreando el espacio en blanco de naranja, mientras dos o tres gotas traviesas se posaban sobre sus caros y anticuados zapatos Martinelli. Así permaneció durante al menos cinco minutos, después mojó la yema del dedo cora-

zón en aquellos enormes charcos naranjas que se iban asentando impasibles en su periódico. Tras degustarlo y mojarlo de nuevo fue trazando la silueta del dibujo con la misma sustancia. Esperanza Silva lo observaba absorta desde una mesa del fondo del restaurante mientras iba apuntándolo todo en su cuaderno de notas.

El segundo acontecimiento díscolo en la inamovible agenda de don Diego había sucedido aquella misma mañana. Esperanza Silva lo esperaba en el portal situado a pocos metros de su propia casa, para seguirlo hasta el banco como todos los días, pero algo insólito ocurrió en la esquina del ayuntamiento con el museo municipal. El perseguido se detuvo ante la fuente situada en aquella esquina y se giró mirando a izquierda y a derecha. Bebió un poco de agua de la fuente y al incorporarse volvió a inspeccionar los alrededores. Mientras tanto, Esperanza permanecía sentada en las escaleras de entrada de un antiguo edificio de esa misma calle.

Como era de esperar después de aquel extraño comportamiento, don Diego cambió el camino de su trabajo y se adentró en las calles del centro, acercándose cada vez más a uno de los barrios más pobres de la ciudad, donde aún existían casas de vecinos con cuarto de baño común y donde, seguro, no encontraría a nadie conocido.

En la calle San Luis, don Diego se detuvo y cambió de acera mirando con detenimiento los números de las casas hasta que se paró frente al bar donde ahora permanecían, acompañados de aquella extraña mujer que bebía una menta poleo en taza de cristal.

Afortunadamente no tardó en entrar otra persona que distrajera un poco el ambiente. Era un hombre de mediana edad que vestía un mono azul. Tenía la barriga prominente y unas manos regordetas, trabajadas y muy morenas, que establecían un llamativo contraste con el resto de su piel. El hombre se acercó a don Diego y le preguntó algo en voz baja, después se dieron la mano y le entregó una gran bolsa de basura que parecía pesar bastante. Don Diego sacó su cartera y le pagó una cantidad que Esperanza no alcanzó a ver, lo mismo hizo con el café que se había tomado. Cogió su cartera del taburete donde descansaba inservible aquella mañana y los dos hombres salieron del establecimiento con cara de no volver a



verse en la vida. Esperanza pudo ver a través de los cristales cómo volvían a darse la mano en la calle y cómo cada uno tomaba un camino distinto. Se apresuró a la barra para pagar su consumición y salió tras él.

Vio cómo don Diego giraba a la derecha en la calle siguiente y decidió permanecer en aquella esquina, ocultándose mientras se alejaba un poco más, pero el hombre se paró frente al primer portal, sacó unas llaves del bolsillo del pantalón y entró en el edificio.

Era una casa muy vieja pintada y repintada de rosa con tres plantas y dos balcones en cada una. No había portero automático que pudiese identificar a los vecinos, así que Esperanza no tuvo más remedio que sentarse en el portal de enfrente a esperar.

Una media hora después se abrió el balcón de la derecha en la segunda planta y un don Diego sin chaqueta y sin corbata salió con una enorme sonrisa mientras miraba a un lado y otro de la calle desabrochándose los botones de la camisa. En cuanto lo vio salir, Esperanza se levantó y giró hacia el lado contrario de donde se encontraba su perseguido tropezándose sin darse cuenta con la entrada del Hostal Manoli que se cruzó en su camino como caído del cielo.

La señorita Silva —así firmó en el registro del hostal— insistió en tener una habitación con vistas a la calle y no consiguió más que una ventanuca sucia desde la cual, si se subía al bidé, podía ver en diagonal todos los movimientos del piso de enfrente, eso sí, bajo la mirada atenta de los prismáticos que tanto se alegró de utilizar tras cargar con ellos durante las dos semanas anteriores.

La casa no parecía tener ni muebles ni habitantes. De la bolsa de basura don Diego sacó una percha y un plástico transparente, se quitó los pantalones y los calzoncillos y los colgó, lo mismo hizo con la camisa, la chaqueta y la corbata, no sin antes sacudirlas un poco. De nuevo se acercó a la bolsa de basura y sacó una caja de zapatos, se quitó los calcetines y los dobló dentro de sus Martinelli, guardándolos cuidadosamente.

Completamente desnudo se volvió a acercar a la bolsa y sacó una sábana blanca que estiró meticulosamente sobre el suelo, del mismo modo colocó cuatro ladrillos en cada esquina para sujetarla bien. Durante los minutos siguientes, de aquella bolsa

salieron varias latas de pintura, una bolsa de arena, un paquete con al menos doce rollos de papel higiénico, pegamento, un bote difusor de limpiar muebles vacío que llenó con una de las latas de pintura y un cubo de plástico que llenó con agua.

Se situó en uno de los laterales de la sábana y vertió grandes coágulos de pintura negra desde esa posición. Esperanza Silva imaginó un enorme árbol negro que parecía desintegrarse poco a poco. Acto seguido cogió la pintura naranja, metió las manos dentro de la lata y dibujó las siluetas de los coágulos negros con la palma de sus manos. Con el pegamento y la arena pareció divertirse bastante, pero la imagen de la pintura roja esparcida con el difusor no le convenció demasiado, así que cubrió su cuerpo de pintura negra y se revolcó por la sábana intentando dar forma a lo que Esperanza desde su ventana había titulado *Roble en descomposición*. Don Diego permaneció un rato tumbado sobre la sábana, con una enorme sonrisa fruto de la excitación y con la respiración entrecortada.

De nuevo se levantó, cogió los rollos de papel higiénico y los deshizo en el agua que había en el cubo. Fue formando bolas de papel mojado de todos los tamaños y tirándolos con odio y alegría sobre la sábana, mientras daba saltos de un lado a otro o miraba su obra y le lanzaba un beso con la mano derecha mojada de pintura.

De vez en cuando don Diego movía la cabeza y las caderas como si estuviese escuchando música, y el culo desnudo del cincuentón se paseaba con gracia por el piso como si fuera Richard Gere en *American Gigoló*.

Cuando consideró que *Roble en descomposición* estaba terminada, sacó otra sábana limpia de la bolsa de basura y con una enorme grapadora la fijó en una de las paredes de la habitación. Con un *spray*, en la esquina inferior derecha escribió: Diego Pollock. Durante unos segundos desapareció del campo de visión de Esperanza, pero enseguida reapareció con una botella de vino que fue bebiéndose a morro mientras comenzaba su segunda obra de aquella tarde.

## 5

### **La maldición de la familia Silva** *(Grisalla)*

Dicen que existe un lugar en la India, al oeste del desierto de Thar, donde los templos surgen de las dunas y poseen, al igual que ellas, el don de la movilidad. Con lo que nunca se sabe exactamente en qué lugar del desierto aparecerán y cada mañana los monjes tienen que andar en peregrinación desde la madrugada para encontrar el nuevo lugar que por un día, tal vez dos, cobije sus rezos. A Esperanza Silva le contaban de pequeña la historia de un antepasado, un bisabuelo o tatarabuelo, que visitó una vez aquel desierto y andando, andando, se perdió del grupo con el que viajaba hasta llegar a un lugar llamado Sun Sun Dunes, formado por decenas de enormes dunas que iban danzando con una parsimonia imperceptible al ojo humano. Una danza tranquila y desordenada en la que iban cruzándose unas con otras, cambiando de posición pero permaneciendo siempre juntas. Al hombre le dio la sensación de que aquellas dunas estaban realmente vivas y quiso coger un puñado de su arena para sentir el verdadero latido de aquella extraña familia. No pudo imaginar que aquel lugar estaba custodiado por cientos de escorpiones que vivían en la superficie. Uno de aquellos cancerberos sintió la presencia extraña adentrándose en la arena caliente y no tuvo más remedio que clavar su enorme aguijón en la confiada mano, dejando su veneno para siempre en la sangre de la familia Silva.

Esta historia penetró de manera singular en la imaginación de Esperanza Silva cuando no tenía más de cuatro años. En esa época todo el mundo decía que era la niña más risueña y feliz que jamás hubiese existido, especialmente a primera hora de la mañana, casi antes del amanecer. Cada día su padre

se la llevaba a la cocina para darle el desayuno y las risas de la niña retumbaban en todas las habitaciones, mientras el hombre la observaba con ternura y pensaba que su hija quería tocarle la nariz, qué gracia le hacía su nariz, sin sospechar en ningún momento que lo que la niña quería agarrar era un enorme pico de águila real. Lo mismo ocurría con su abuelo, que disfrutaba con las manitas de su nieta posadas sobre sus bigotes, mientras lo que ella acariciaba era el hocico de un majestuoso y apacible león. Pero el mejor momento del día era cuando mamá, en forma de loba plateada, la despertaba para ir al colegio. Además de acariciar su reluciente pelo, sentía en la mirada de su madre una complicidad que nadie más le transmitía, mientras ella la besaba en la mejilla y le susurraba en el oído: «¿qué es lo que estás viendo, bichito mío?».

La adolescencia apaciguó las visiones y solo en momentos de grave ansiedad o insoportable aburrimiento se imaginaba ofreciéndole una zanahoria a aquel profesor de matemáticas de orejas enormes y nariz inquieta o lanzándole un palo a aquel novio fiel pero insoportablemente dependiente. Y con los años los animales se convirtieron en algo que Esperanza simplemente imaginaba, lo cual hizo que su carácter se volviera algo más templado y serio para alegría de todos los que la rodeaban, que estaban cansados de tener que aguantar esa mirada de burla constante que tenía la niña.

El año que empezó a estudiar Bellas Artes consiguió una beca en el estudio de diseño de Gabriel Matamoros, que la contrató enseguida como ayudante y con el que la relación era bastante buena aunque fundamentalmente telefónica, ya que Gabriel tenía que viajar constantemente.

El primer día que entró en la oficina detectó un asfixiante olor a humedad y podredumbre, los muebles eran grises, las luces halógenas parpadeaban sin descanso y sus compañeros no eran animales sino bichos.

Nunca había visto a tantos juntos: en administración estaban las pulgas, en producción las moscas y en recursos humanos se las ingeniaban para convivir arañas y lagartijas, repartiéndose el espacio de la manera más democrática. Aquel siniestro circo templaba un poco el humor de Esperanza Silva, pero con el paso de los días comenzó a ver el lado divertido de moverse entre aquellos extraños seres, aunque la mayoría de

las veces no entendiera la mitad de lo que decían o hacían. Esta actitud alegre encajaba muy bien con la personalidad de Gabriel, al cual le gustaba tomárselo todo con bastante sentido del humor y no era nada exigente.

Una mañana de noviembre llegó muy temprano a la oficina para acabar un boceto, todavía no había amanecido pero le sorprendió ver la luz del despacho de Gabriel encendida. Se acercó nerviosa hacia su propia mesa y se sentó lentamente, intentando distraer su curiosidad con cualquier tarea pendiente. A los pocos minutos los rayos de sol empezaron a colarse por los huecos de la persiana convirtiendo la estancia en un lugar cálido y agradable. Esperanza Silva interpretó ese momento como un instante mágico y se levantó segura pero prudente, acercándose hacia la puerta situada a su izquierda. Si tardaba un poco más, los bichos comenzarían a llegar y se perdería el valioso momento. Aceleró un poco el paso, casi al ritmo de su corazón, y abrió la puerta.

No le dio tiempo a recoger nada, salió corriendo dejando la mesa desordenada, la bufanda sobre la silla, el bolso y el abrigo colgados en el perchero, se tropezó por el camino con alguna pulga que entraba en la oficina y mientras golpeaba con fuerza el botón de bajada del ascensor creyó oír a una de las lagartijas que intentaba comunicarse con ella.

Cuando llegó al garaje y estuvo a salvo dentro de su coche con las puertas bien cerradas, empezó a llorar apoyando la cabeza y las manos sobre el volante.

Tardaría mucho en olvidar aquel enorme cuerpo de hiena con cabeza de buitre y lengua de camaleón que devoraba los libros de cuentas y los dibujos en los que ella había trabajado durante meses, mientras golpeaba con su asquerosa cola algunas moscas de producción que se iban quedando pegadas en la ventana.

